

ELUCS

LAS PALMAS. Gran Canaria, 5-XII-1917
EN SALAMANCA

Un banquete a Unamuno

Los admiradores del gran pensador le han obsequiado, con un banquete, en Salamanca con motivo de su elección de Concejal. En este banquete el admirable D. Miguel ha pronunciado unas palabras excelentes, llenas de esa honda inquietud de su espíritu, el más vibrante de los espíritus españoles, que hemos querido reproducir. El pensamiento de Unamuno, halla entre nosotros siempre, la más afectuosa de las acogidas. Su paso por Canarias dejó una huella extraordinaria y definitiva en nuestra juventud. Aquí, le observa, y va tras él, un grupo numeroso de gente, que no puede dejar de sentir la verdadera raíz española, la raíz ciudadana, a pesar del aislamiento y del abandono. Unamuno es hoy, la figura representativa de la civilidad española. Es toda la rabia, la espléndida y generosa rabia española. El grita dignamente, y el sonido de sus gritos se extiende por toda España. Nosotros, queremos recogerlos aquí, en esta tierra, que tanto supo cautivarle, y en la que dejó un recuerdo imborrable de amor.

Este es el discurso:

Señores y amigos míos: Doy a todos ustedes las gracias, y en especial al señor Bernis, por haberme dado motivo y ocasión de hablar, porque como yo, fundamentalmente no soy más que palabra, eí no hablar es morir, y, francamente, a morir no estoy dispuesto.

Recordando a Celestino V, echado a las puertas del infierno, dice que éi no huye por cobardía, y después exclama:

—¡A mí me echan, no me voy. A mí me destituyen, no dejo yo el cargo!

Ha venido este otro nuevo cargo de concejal como vinieron otras cosas en mi vida, sin pedirlo, sin solicitarlo, sin gastar una peseta sin visitar a los electores... Esto todos los sabéis, y no hará falta que yo insista en ello. No sólo no he hecho visitas, sino que no conozco a la inmensa mayoría de mis electores.

Pero de lo que estoy más satisfecho es, de que haya salido concejal en la compañía de dos de los que estuvieron en la Cárcel y, sobre todo y ante todo, de que lo sea por la voluntad del pueblo bajo, en el que encontramos el afecto y el cariño, los que estamos tachados, despectivamente, de «intelectuales»...

Era curioso oír a las gentes, días antes de las elecciones:—¡Pero hombre! ¿Cómo acepta usted ser candidato? ¡Una cosa tan inferior! ¡Las águilas no matan moscas!

En primer lugar no creo en las categorías, y en segundo, eso de que las águilas no maten moscas, viene de las mismas moscas. Un plato de moscos es un excelente aperitivo.

También decían:—¡Si no sales! ¡Si tendrá solo cinco votos! ¡Hará el ridículo!

Y es que las gentes, los de la prestanza provincial, ¡qué idea tienen del ridículo, de hacer el ridículo!, sin saber que yo nunca estuve tan fuerte, como cuando estuve solo.

Además, señores, tuvo esta elección otra significación, que doblemente me satisfizo, por la época y las circunstancias, que han ocurrido.

Todos sabéis lo macizo, lo corpóreo, que ha sido en historia este verano. Yo respeto las ideas de todos ustedes, pero he decir que mi elección vino después de aquella gloriosa huelga de agosto, que tan execrada y tan incomprensible fué, y que llevó a la cárcel a una porción de personas. Yo no estuve en la cárcel, pero estuve éron otros por mucho menos de lo que yo podía haber estado.





¡Sin duda alguna es que gozo de inmunidad! Y después de aquel movimiento he sido llevado al Consejo por el verdadero pueblo, después también de fraguarse una candidatura, una cosa de esas sin color ni sabor, que llaman salmantina... Yo puedo enseñar mi cédula personal, no la partida de bautismo, porque eso de nacer no depende de la voluntad de uno, pero sí se he hecho nacer en Salamanca a siete ciudadanos. (Risas y aplausos).

¿Qué puede uno hacer en el Consejo? Conque haga uno lo que viene haciendo en la vida, es ya bastante.

Han dicho por ahí, debido sin duda a mi perfecta indiscreción, que yo iba al Concejo a divertirme. Es verdad; pero a divertirme cuando la cosa sea de diversión y a tomarlo en serio cuando lo merezca.

Porque, ¿si va un sastre al Ayuntamiento no se fijará en la indumentaria de los ediles? ¿Si va un zapatero no mirará el calzado de cada concejal? Pues yo, que soy algo psicológico, ¿por qué no fijarme en las almas de los que allí van a estudiarlas y hasta hallar motivo de hacer un cuento, una novela, un drama o un sainete?

Uno va allí a hacer un poco de estética.

Dicen que tengo fama de mordaz, y es que, acaso tienen miedo las gentes que lo dicen, a que se les estudie, a que se les diga lo que son.

A un Ayuntamiento se puede ir, además de hacer administración, a muchas cosas, a revolver la cosas dormidas y sobre todo, a hacer que los ediles se fijen en sí mismo. Este será mi papel: despertar a los dormidos, hacerles ver sus propias ideas.

No conozco más que por fuera el

Ayuntamiento. Fui dos veces de la Junta municipal de Asociados. No falté a una sesión. Discutí lo que otros discutían y hasta creo que contribuí a una de las medidas buenas o malas, pero más radicales que se tomaron. Si hoy volviera a tratar de la misma cuestión, haría lo mismo que hice.

No conozco el Ayuntamiento pero sé que es regularmente honrado. No tiene el Ayuntamiento de censurable más que un cierto sentido hospiciano y acaso un poco de excesiva blandura con la incompetencia. Y es que aquí contra los ineptos, contra los incompetentes, estamos perfectamente indefendidos.

Dice el Sr. Bernis: ¿Qué hará D. Miguel cuando de presupuestos y de tubos del alcantarilado se trate?

Y yo pregunto:—¿Y qué hacen los de más? ¿Pero es que es tanta su sabiduría en eso que no me alcance a mí?

Creo que leyendo a Tucídides, a cualquier clásico griego, se sabe mucho más de presupuesto y de tubos.

Y, sobre todo, diré lo que Carducci replicaba cuando le decían:—No eres tú, Carducci, ni Milton, ni Lamartine.

Y Carducci replicaba:—Pero tú tampoco eres Platón.

Cierto es como decía el Sr. Bernis, que yo he sentido siempre una solidaridad con los que son y con los que fueron. Lo que más hay que cuidar para las generaciones que vengan, cuando nosotros nos recojamos en la tierra que rodea la ciudad, es limpiarla de la roña que tiene, dejarla libre de las malas y bajas pasiones de los que nada han hecho.

La más grande obra de modestiadedecía yo a un monje—es la de un Dios que no necesitando para nada de un mundo, hizo el mundo y la humanidad y luego le dijeron que estaba mal hecho. Fué un autor al que silbaron la obra. (Risas y aplausos).

Cada uno hemos ido por el mundo poniendo lo que cada uno tiene. Yo he puesto lo que poseo, y si molesto es sin duda porque perturbo la plácida siesta de los que no ponen ni hacen nada.

No tengo programa para el Municipio, Carlos Marx dijo a no sé quien, que los que hacen programa para el porvenir son reaccionarios. Mi programa es lo del día, lo del momento, lo de aquel que, va a salvar a una ciudad y se encuentra antes con un niño que está a punto de perecer ahogado y salva el niño. La ciudad que espere... (Muy bien).

De lo que si podeis estar seguros es que no guardaré secreto de nada. Lo diré todo con esta mi perfecta, inaudita indiscreción (Risas). Si entre aquellas cuatro paredes me dicen que hay cosas que no se pueden decir, lo diré allí y en la plaza pública (Muy bien).

Lo demás no depende de mí, sino de la ciudad, de la idea que tiene la ciudad de su administración, idea mezquina, que no comprende que lo de vivir a la moderna cuesta caro.

Estoy cansado de oír quejas de lo que se paga, y es en España donde se paga menos.

En fin, señores; con el que me encuentre frente a frente, le sacudiré, no del brazo, sino de la cabeza para hacerle pensar, aun que sea para contradecirme, pero habré conseguido que piense.

Todos me conoceis: no he aspirado más que a ser lo que soy; un hombre, donde hay muchos que no son más que jugadores tresillo o de dominó.

